



Richard Strauss: Don Juan, Eine Alpensinfonie & Walzerfolge from Der Rosenkavalier

aud 95.611

EAN: 4022143956118



Diverdi Magazin (Miguel Ángel González Barrio - 01.05.2010)

Mal de altura

Dos grandes versiones de la Sinfonía Alpina – una moderna, firmada por Philippe Jordán, otra histórica, con Karl Böhm en el podio – dan fe del creciente interés por esta obra maestra de Richard Strauss

Decididamente, el alpinismo está de moda. La mastodónica (1) Eine Alpensinfonie, op. 64 de Richard Strauss, presencia extraña en las salas de concierto hasta hace relativamente poco tiempo, se programa cada vez más, y en los últimos años se ha grabado con inusitada frecuencia. Sin pretender ser exhaustivos, ni rigurosos con la cronología, sólo en los cuatro últimos años la han llevado al disco Marek Janowski (Pentatone), Antoni Witt (Naxos), Bernard Haitink (LSO Live), Mariss Jansons (RCO Live), Semyon Bychkov (Profill) o Kurt Masur (Radio France). Eso por no hablar de reediciones o primera publicación de registros históricos. A la creciente lista se suma ahora la novísima grabación, en concierto, de Philippe Jordán, flamante titular de la Opera Nacional de París de la era post-Mortier, cuyas credenciales como director straussiano son impresionantes. En 2003 su Salomé causó sensación en la Royal Opera House, y el DVD editado por Opus Arte atestigua su dirección refinada, sutil, con especial atención a las maderas (algunos críticos hablaron de "estilo francés"). En 2008 tuve el placer de presenciar el estreno del nuevo Capriccio de la Wiener Staatsoper, con la diva Renée Fleming, considerada unánimemente la mejor producción de la temporada. En septiembre de 2009 su Der Rosenkavalier en la Staatsoper unter den Linden recibió grandes elogios, si bien las voces, demasiado ligeras, no estuvieron a la altura.

El joven (n. 1974) director suizo, hijo de Armin Jordán (1932-2006), parece haber escogido la Sinfonía alpina como tarjeta de presentación. Con ella deslumbró en San Francisco, en octubre de 2007. La dirigió con gran éxito en Berlín, en septiembre pasado, en el concierto inaugural de la temporada sinfónica de la Staatskapelle de Barenboim. Elegida como metáfora de los retos que le esperan en su nuevo puesto, la dirigió también en su personal toma de la Bastilla, el 14 de noviembre último, en el concierto que marcó su debut al frente de la Opera Nacional y que acaba de publicar Naïve. Un succulento aperitivo antes de abordar El anillo del nibelunao, su primer proyecto operístico conjunto (El oro del Rin se estrenó en marzo). En Berlín y París la emparejó con el Concierto para violín y orquesta de cámara de György Ligeti (obra no incluida en el disco). Dos visiones contrastantes del virtuosismo. La prestación de la Orquesta de la Opera para el suizo dejó en evidencia que, hoy por hoy, es la más en forma de las orquestas parisinas: cuerda sedosa, homogénea, perfectamente empastada, soberbias maderas y metal preciso;

entrega total y gran empatía con su nuevo titular. Llamen la atención en esta versión el pasmoso control (Eintritt in den Wald, preparación de la tormenta en Stille vor dem Sturm) de la batuta, el sonido limpio, adelgazado (¡la orquesta parece formada por la mitad de músicos!), la transparencia (Erscheinung, Auf dem Gipfel, Gewitter und Sturm), la capacidad para la recreación y diferenciación de timbres y colores orquestales (sonoridades cristalinas en Am Wasserfall, delicadas sfumature en Nebel steigen auf). Jordán hace suya la célebre recomendación de Strauss de dirigir su música como si se tratase de Mozart o Mendelssohn. Ciertamente, Jordán no se pierde en la espesura, no se recrea hedonísticamente en sensuales y opulentas oleadas de sonido. Sus ff y fff nunca devienen en atronadoras y confusas descargas decibélicas: parece no perder de vista las palabras de La Roche en Capriccio, reproducidas como lema en la primera página de la partitura: "Sed considerados con los cantantes. La orquesta, no demasiado alta". Con todo, sus climaxes no resultan nunca tímidos. Escuchando esta Alpina me vienen a la memoria las palabras de Nietzsche en Ecce homo: "El hielo está cerca, la soledad es inmensa, ¡mas qué tranquilas yacen todas las cosas en la luz! [...] ¡cuántas cosas sentimos debajo de nos otros!". Un Nietzsche en el que lo apolíneo domina sobre lo dionisiaco; en el que el "aire de las alturas" es puro, mas quizá no tan fuerte como en otras cumbres. La interpretación gana en intensidad y desenvoltura a medida que avanza: si el ascenso peca a veces de cauteloso, calculado, una vez en la cima Jordán se muestra seguro. Los dos números finales llevan la firma de un maestro (¿ "Le merveilleux Jordán"?). Con parsimonia, desgrana las emotivas frases en los violines del Strauss más inspirado, degustándolas, gustándose (Ausklang). La luz se desvanece lentamente para dar paso a la noche, en un beatífico, bellissimo final cíclico.

No cabe duda de que Jordán ama y conoce sobradamente la obra. Le falta, quizá, el último grado de perfección, de conocimiento, el de quien ha convivido largo tiempo con ella y transita los majestuosos y familiares paisajes con juveniles entusiasmos y decisión, diríamos irreflexivamente, sin necesidad de consultar el mapa. Es el caso de Karl Böhm, straussiano emérito, amigo del compositor, director de los estrenos de La mujer silenciosa y Daphne, dedicatario de esta última. Audite publica, por primera vez a partir de los másters de la Radio de Berlín, un nuevo disco Strauss del director de Graz con la Orquesta de la RIAS, con idéntico programa al del primer compacto del triple álbum DG con las superiores Staatskapelle Dresden y Filarmónica de Berlín. El disco DG se beneficia asimismo de un mejor sonido (2). Con una orquesta menos disciplinada que la francesa (hay aquí pasajes chapuceros, como las figuraciones de los violines en Erscheinuna), la excursión de Böhm es más excitante. En los climaxes libera una energía descomunal. Es potente antes que majestuoso (Auf dem Gipfel), insinuante, sensual (Elegie), más directamente realista que evocador (Gewitter und Sturm). Orquesta y toma de sonido (monoaural de 1952, y no muy conseguido) no dan para refinamientos y transparencias. Sin embargo, hay en la interpretación de Böhm, más generoso (extremo incluso) con las dinámicas que el suizo, una espontaneidad y una familiaridad incontestables. Completan el disco un arrollador Donjuán de singular atractivo, con una rudeza y una energía primaria arrebatadoras y una Suite de vals de El caballero de la rosa (tercer acto) de acusado sabor popular, algo gamberro (Ochs), teñida de nostalgia por un pasado perdido. Exagerado, cómico, marcando mucho los tiempos fuertes, Böhm se divierte (se le oye cantar en un momento de la grabación) y nos entusiasma.

NOTAS

(1) Escrita para una orquesta de unos 150 ejecutantes (¡con 20 trompas!), si incluimos trompas, trompetas y trombones que tocan fuera de escena.

(2) Las tomas de 1957 de Donjuán y la Sinfonía alpina son monoaurales, aunque DG las publicó en falso estéreo.